

---

CRISTINA GONZÁLEZ CALVAR  
(Universidad Nacional de Educación a Distancia)

## *¿Por qué surge el fenómeno nacionalista en Rusia?*

---

*I. Introducción. II. La importancia del Imperio en la historia rusa. III. El debate occidentalistas-eslavófilos. IV. Historia rusa de 1917 a 1989. V. La desintegración del Estado Soviético. VI. Conclusiones: A) En cuanto al tipo de Estado; B) En cuanto a las causas de la reactivación del sentimiento nacional; C) En cuanto a la situación actual de la problemática nacionalista.*

### I. INTRODUCCIÓN

En este trabajo vamos a intentar analizar las posibles causas de la aparición del fenómeno nacionalista en Rusia, así como las consecuencias que éste ha generado; consecuencias que nos deberían hacer reflexionar sobre los temas que quedan pendientes de abordar en la Federación Rusa para poner orden en los problemas nacionales que han aparecido desde la desmembración de la URSS.

Si tomamos la historia rusa como punto de partida para descubrir los orígenes de sus problemas nacionales, podremos comprobar cómo el régimen absolutista e imperial ruso se prolongó hasta comienzos del siglo XX para, prácticamente sin haberse incorporado al sistema de producción capitalista, dar paso a un nuevo régimen dictatorial –esta vez de carácter socialista–, y a una nueva experiencia imperial –la soviética–. La Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) se caracterizó por poseer un tipo de gobierno centralista que controlaba su territorio a través del uso de la fuerza, hasta el punto de que cuando el régimen comunista abandonó sus tradicionales métodos represivos e introdujo cambios en el sistema económico y social, perdió parte de su capacidad de maniobra, hecho que fue aprovechado por las diferentes Repúblicas de la Unión para proclamar su independencia.

A partir de 1989, el nacionalismo ruso cobró fuerza como elemento unificador de masas que luchaban contra el sistema soviético. Pero, ya en la nueva coyuntura, además de actuar como movilizador, el nacionalismo ha permitido mantenerse en el poder a las antiguas élites soviéticas. Además, la desintegración del Estado soviético fue tan rápida y caótica que los problemas nacionales sin solventar se enquistaron, provocando la aparición de conflictos armados de entre los que es menester subrayar, sin duda, el checheno.

En las páginas que siguen repasaremos la historia del nacionalismo ruso, para concluir describiendo la problemática nacionalista actual. Pero antes, tenemos que

detenemos en dos aspectos fundamentales de la mentalidad rusa de gran incidencia en su Historia: por un lado, la importancia que para los rusos ha tenido la pertenencia a un Imperio; y por otro, la importancia que ha tenido el debate en torno al ámbito cultural al que pertenecía Rusia.

## II. LA IMPORTANCIA DEL IMPERIO EN LA HISTORIA RUSA

El Imperio ruso no fue un imperio convencional. Antes de que en ese país se estableciesen las instituciones propias de un Estado, Rusia ya actuaba como un imperio en relación con las conquistas y con la defensa de su territorio y de su religión. Durante la Edad Media se extendió por Rusia la tradición imperial bizantina, utilizando la idea de Rusia como baluarte del cristianismo. La consideración de Moscú como la “Tercera Roma” fue un elemento clave en la formación del nuevo Estado, y sirvió para justificar el otorgamiento a la Iglesia ortodoxa de un papel importante en la vida política y la oposición de Rusia al avance del Imperio Otomano. La defensa del territorio frente a la amenaza externa propició la centralización del Estado a partir del núcleo constituido por el Ducado de Moscú, situado en el centro geográfico del Imperio.

La formación del Estado ruso, su posterior desarrollo y los distintos sistemas políticos que se han sucedido en Rusia, no han sido originales, sino que han venido en buena medida importados de Europa. Así, se importó el feudalismo, el absolutismo y finalmente la democracia, pero siempre con un cierto retraso y con matices diferentes <sup>1</sup>.

En Europa, el feudalismo no permitió formar imperios por la ruptura existente entre las clases dominantes y sus constantes luchas internas. Lo que permitía vincular entre sí a los Estados que estaban institucionalmente separados era la religión y la lengua, pero ningún Estado medieval estaba basado en la nacionalidad. Sin embargo, la forma de producción feudal preparó el camino hacia el capitalismo y la existencia de un sistema estatal multinacional. En el Estado ruso el poder estaba centralizado –el gran señor feudal era el zar–, y es paradójico que el centralismo no causara rebeliones aristocráticas por la pérdida de poder de este estamento frente a la monarquía. Esta unión fue lo que permitió la extensión del Imperio.

La transición al absolutismo ruso vino propiciada por la expansión sueca. En el siglo XVII, con la subida al poder de la dinastía Romanov, la influencia sueca se extendió por todo el sistema político ruso. Rusia, que siempre buscó una salida al mar como elemento esencial de su sistema de comunicaciones, luchó contra Suecia por la supremacía sobre el Báltico. La mejora de las comunicaciones entre Rusia y Europa, condujo a una mayor relación e influencia del sistema internacional sobre Rusia que fue decisiva para que se importase el sistema absolutista y posteriormente la Ilustración.

El primer código legal ruso procuró al zarismo un marco jurídico regulador para su solidificación como sistema estatal, pero las bases del Estado absolutista fueron la implantación de la servidumbre y el incremento del aparato coactivo político-militar. La implantación de la servidumbre fue el precio que tuvo que pagar la monarquía a la aristocracia rusa para conseguir el establecimiento del absolutismo sin que hubiera fricciones por la pérdida de poder de este estamento frente al zar. El otro elemento clave

---

<sup>1</sup> Sobre la formación del Estado ruso, véase Hélène CARRÈRE D'ENCAUSSE: *Rusia inacabada. Las claves de la caída de un sistema político y el resurgir de un nuevo país*, Salvat, Barcelona, 2001.

para evitar levantamientos fue el incremento del aparato coactivo político-militar que garantizaba el mantenimiento de la servidumbre pese a los levantamientos armados de los campesinos, sobre todo en la periferia del Imperio. Estos levantamientos no tenían mucho que ver con un sentimiento nacional, sino que eran rebeliones contra la explotación económica, y se relacionaban más con la lucha de clases que con la independencia de los territorios, aunque en algunos casos –como el de Novgorod– también se pidiera la independencia de la que antes gozaba la ciudad.

De nuevo encontramos aquí diferencias con Europa respecto a la transición al absolutismo. Mientras que en Occidente el feudalismo desaparecería con la llegada del absolutismo, en Rusia el sistema feudal se desarrolló en su totalidad en el marco del Estado absolutista.

Las características del absolutismo ruso las podemos resumir en las tres siguientes:

- El uso de la guerra, toda vez que –a decir de Anderson <sup>2</sup>– “todo el Estado adquiriría connotaciones militares y el sistema social se ponía al servicio del militarismo [...] toda la tierra quedó sujeta a obligaciones militares y todos los nobles tenían que comenzar un servicio indefinido al Estado a la edad de quince años”.
- La expansión y conquista de territorios, que propició que en esta época los dominios territoriales aumentaran considerablemente.
- El mantenimiento de la servidumbre y la no aparición de una clase burguesa. En Rusia la compra de títulos nobiliarios no era práctica habitual porque no existía una burguesía urbana, porque el zarismo controlaba el comercio, y porque los residentes en las ciudades eran siervos sin posibilidades de adquirir títulos nobiliarios.

### III. EL DEBATE OCCIDENTALISTAS-ESLAVÓFILOS

El propio devenir de la historia rusa ha sido la causa fundamental de la aparición de un debate alrededor de cuál era el ámbito cultural al que pertenecía Rusia, creándose a partir de la respuesta que se diese a esa pregunta dos corrientes de opinión contrapuestas: la de los occidentalistas y la de los eslavófilos.

No debemos olvidar que la mentalidad rusa tiene una característica singular, que constituye el motor de su filosofía: la búsqueda de la verdad (“*pravda*”) sobre todas las demás cosas. Antes de que Pedro el Grande sometiera a la iglesia al Santo Sínodo, esta búsqueda se encomendaba al poder religioso. Sin embargo, tras la occidentalización de Rusia, esta búsqueda de la verdad fue encomendada a los círculos intelectuales, a escritores, a pensadores y a artistas.

Este debate –que a nosotros puede parecer desproporcionado–, no lo es para los rusos. Y es que

“Los términos Rusia y Occidente no designan, evidentemente, unas realidades de carácter geográfico o político, son códigos simbólicos que denominan los terrenos de la utopía y la

---

<sup>2</sup> Perry ANDERSON: *El Estado absolutista*, Siglo XXI, Madrid, 1999, págs. 214 y 216.

antiutopía, o de proyecciones del eterno problema filosófico de la universalidad de la cultura y del pensamiento.”<sup>3</sup>

Los tres pilares fundamentales de la civilización europea –el cristianismo, el concepto romano de Estado (basado en el Derecho romano) y la tradición espiritual griega– son compartidos por la cultura rusa, que los importó de Bizancio. De hecho, los rusos consideraron a Moscú “la Tercera Roma” porque en Rusia se mantuvo el cristianismo ortodoxo, algo que no pasó en Europa.

El zar Pedro I el Grande, intentó introducir costumbres europeas en su país, eliminando las eslavas. Tanto es así, que hombres pertenecientes a la intelectualidad rusa como Karamzín llegaron a negar que existiera una historia rusa antes del reinado de Pedro I.

En 1836, la publicación de una carta de Chaadáev en el noticiario *Telescop* sorprendió a los lectores y avivó el debate en torno al ámbito cultural al que pertenecía Rusia. Las palabras de Chaadáev reinterpretaban la historia de Rusia de manera sugestiva:

“Primero una barbarie brutal, luego una grosera superstición, seguida de una dominación extranjera, feroz y envilecedora, cuyo espíritu más tarde heredó nuestro poder nacional, ésta es la triste historia de nuestra juventud [...] Venidos al mundo como hijos ilegítimos, sin herencia, sin conexiones con otros hombres, no guardamos en nuestros corazones ninguna de las enseñanzas anteriores a nuestra existencia [...] Es la natural consecuencia de una cultura basada exclusivamente en la importación y la imitación.”<sup>4</sup>

A partir de esta publicación, la sociedad rusa quedó dividida en dos sectores: los occidentalistas, que veían con pesimismo la historia rusa anterior a Pedro el Grande y denunciaban la situación de opresión que vivían con Nicolás I; y los eslavófilos, que defendían la cultura autóctona del país y rechazaban la copia de la cultura europea.

Los eslavófilos no sentían sólo hostilidad hacia los países occidentales –como se podría pensar en un momento–, sino que también sentían admiración hacia ellos. Mas diferían de los occidentalistas en la conveniencia de la aplicación de las ideas de la Ilustración en Rusia. Otro pensador, Jomiakov, contestó a la carta de Chaadáev centrando la polémica en dos elementos: la verdad y Rusia. Ambos veían la verdad como una revelación divina, pero diferían en cuanto a la forma de transmisión de esa verdad, puesto que Chaadáev pensaba que se transmitía a través de la sociedad y Jomiakov a través directamente de Dios al individuo, toda vez que todos los hombres tenían inteligencia y entre todos formaban una razón superior y colectiva –tesis ésta en clara contradicción con la de Chaadáev, que afirmaba de las masas humanas no piensan, sino que son sus sabios los que piensan por ellas.

Rusia había recibido a través de Bizancio el cristianismo y lo había preservado intacto, sin embargo en Europa se había desvirtuado. Occidente había hecho muchos avances en el nivel de vida, pero no en su espiritualidad. Para Jomiakov, Rusia había conservado el verbo del cristianismo en toda su pureza, evitando las guerras religiosas y la violencia, en contra de lo que había pasado en Roma. La idea mesiánica tuvo

<sup>3</sup> Olga NOVIKOVA: “Estudio preliminar”, en *Rusia y Occidente*, Tecnos, Madrid, 1997, pág. XXXVIII.

<sup>4</sup> Frases de Chaadáev en su primera carta filosófica. *Vid.* Olga NOVIKOVA: “Estudio preliminar”, en *Rusia y Occidente*, cit., pág. XXXII.

repercusión en la cultura rusa, toda vez que los eslavófilos mantenían que la singularidad del pueblo ruso radicaba en su universalismo, en la aceptación de las ideas de todos los pueblos para obtener de ellos las verdades de la humanidad.

Otro eslavófilo, Kireevski se haría la siguiente pregunta “¿Qué dirección ha de adoptar el desarrollo de los elementos rusos y occidental para que su acción conjunta sea beneficiosa?”<sup>5</sup>. Para dar respuesta a esta cuestión Kireevski consideraba necesario analizar las diferencias y los puntos comunes entre los dos tipos de Ilustración: la rusa, estructurada alrededor de la búsqueda de la verdad, y la occidental, centrada en la razón y el conocimiento externo. Como ha apuntado Olga Novikova <sup>6</sup>, la verdadera ilustración –cuya misión era completar la Ilustración occidental sin intentar anularla–, también debería capaz de mejorar la sociedad y superar el tipo de relaciones humanas que el filósofo ruso N. Fédorov había calificado como “no fraternales”.

En este debate, el pensamiento de Dostoievski resultó ser también un importante motor de la evolución del pensamiento ruso. Para él, las corrientes occidentalista y eslavófila estaban condenadas a superarse para buscar el camino hacia la universalidad. Tanto para los occidentalistas como para los eslavófilos, el futuro de Rusia estaba vinculado al de Europa, de modo que se imponía “la necesidad de buscar caminos de desarrollo propios sin renunciar a la cultura europea”<sup>7</sup>, idea preferida de los eslavófilos.

Actualmente el debate entre occidentalistas y eslavófilos sigue presente en la vida política rusa, aunque de manera diferente a como lo estaba en los siglos XIX y mitad del XX. Dmitri Serguéevich Likachev es una de las voces de este debate que goza de mayor prestigio entre las corrientes enfrentadas. En tanto que valora toda la historia de Rusia positivamente, no se le puede calificar de occidentalista; pero tampoco de eslavófilo, porque desecha el mesianismo. De modo que se le puede considerar europeísta, toda vez que valora como nula la influencia asiática en Rusia, valora positivamente el papel civilizador que desempeñó el cristianismo y afirma que la libertad es el rasgo que define a la cultura europea. La auténtica idea rusa no está en una declaración nacional, sino en la literatura, la música y la filosofía que unirán a las culturas del mundo.

Por otro lado, y en el marco más amplio de los pueblos eslavos, el siglo XIX vió el nacimiento de una ideología nacionalista, el paneslavismo, que va más allá de los Estados, que renuncia a crear un Estado-Nación que los una, y que propone la independencia política y la unión cultural de los pueblos eslavos. En los Estados dominados por los Imperios Austrohúngaro y Prusiano, cobró fuerza un paneslavismo reivindicativo que pedía la unidad y la autonomía de los pueblos eslavos y la conquista de la democracia. En el encuentro paneslavo de 1910, los asistentes se proclamaron antirrusos y propusieron la unión de los pueblos eslavos en tres bloques: el nordeste (polacos y ucranianos), el oeste (checos, eslovacos, silesios y moravos) y el sur (serbios, eslovenos, croatas y macedonios). Así las cosas, húngaros, alemanes y rusos eran los enemigos comunes <sup>8</sup>. El paneslavismo desapareció tras la I Guerra Mundial, cuando los Estados eslavos obtuvieron la independencia. Posteriormente, en los años 50 del siglo XX, Moscú usó el paneslavismo como instrumento de propaganda para unir a los países

---

<sup>5</sup> Olga NOVIKOVA: “Estudio preliminar” de *Rusia y Occidente*, cit., pág. LI.

<sup>6</sup> Olga NOVIKOVA: “Estudio preliminar” de *Rusia y Occidente*, cit., pág. LIV.

<sup>7</sup> Olga NOVIKOVA: “Estudio preliminar” de *Rusia y Occidente*, cit., pág. XXIII.

<sup>8</sup> Carmen GONZÁLEZ ENRÍQUEZ: “Paneslavismo”, en Andrés DE BLAS GUERRERO: *Enciclopedia del Nacionalismo*, Alianza Editorial, Madrid, 1999, pág. 576.

de Europa del Este, pero no tuvo ningún crédito tras las intervenciones militares rusas en ellos.

En la Federación Rusa ha aparecido en estos últimos años otro tipo de nacionalismo, una nueva línea de pensamiento que algunos llaman “euroasianismo”. Se ha decantado por las tesis de los eslavófilos, pero aboga más que por la unión de los pueblos eslavos por la unión de las nacionalidades que integran la Federación Rusa en un único Estado-Nación, que pueda recuperar la grandeza y el bienestar del Imperio. Es ahora la ideología que aporta el predominio de lo ruso en la CEI, ayudando a mantener las fronteras territoriales de la Federación Rusa <sup>9</sup>.

#### IV. HISTORIA RUSA DE 1917 A 1989

Las ansias de independencia de los territorios anexionados por Rusia a lo largo de la historia pudieron convertirse en realidad a raíz de la Revolución de 1917. Desde el Gobierno bolchevique se emitió una “Declaración de derechos de los pueblos de Rusia” en la que se abogaba por la unión voluntaria de los pueblos en base a su igualdad, soberanía y derechos de autodeterminación y secesión <sup>10</sup>.

El avance alemán durante la I Guerra Mundial provocó, el 3 de marzo de 1918, la firma del Tratado de Brest-Litovsk, por el que Rusia renunciaba a Letonia, Lituania, Estonia y Polonia; reconocía a Georgia, Finlandia y Ucrania como Estados independientes y se comprometía a entregar territorios a Rumanía y Turquía. Sin embargo, con el ataque aliado y la derrota alemana, los territorios obtenidos con la paz de Brest-Litovsk fueron de nuevo ocupados por el Ejército Rojo. Lo mismo sucedió en el Cáucaso septentrional, donde el interés por los pozos petrolíferos del Caspio propició que el Ejército Rojo ocupase de nuevo Azerbaiyán, Armenia y Georgia.

Otro conflicto al que tuvo que hacer frente el Gobierno bolchevique fue la guerra civil. Pese a los éxitos iniciales del Ejército Blanco, los bolcheviques fueron los que alcanzaron la victoria final. En todo caso, en lugares como Crimea la toma del poder por los bolcheviques no se restableció hasta 1920, mientras que lugares como Estonia – pronto fue imitada por Lituania y Letonia– se resistieron a la soviétización. En Kazajstán-Kirguizia, Bashkiria y Tartarstán se proclamaron gobiernos independientes, pero tras sufrir una fuerte represión por parte rusa lo único que consiguieron fue el reconocimiento de la autonomía de su territorio. En Turquestán, donde se reunían uzbekos, kazakos y tajikos, se prohibió el uso de mezquitas y escuelas coránicas, provocando la alianza de los musulmanes con el Ejército Blanco, cuya derrota supuso finalmente la incorporación de Bujara y Jiva a Rusia en 1920 <sup>11</sup>.

Hasta aquí, asistimos al proceso mediante el cual la Unión Soviética recuperó las fronteras que tenía el antiguo Imperio ruso, salvo Finlandia, ampliándolas un tanto hacia

<sup>9</sup> Sobre el proceso de conformación del nacionalismo ruso, véase Luis T. ZAPATER ESPÍ: “El nacionalismo ruso: ideas, formación y potencialidades”, en Antonio COLOMER VIADEL y Carlos FLORES JUBERÍAS (eds.): *Rusia, en vísperas de su futuro*, Universitat de València, Valencia, 2002.

<sup>10</sup> Carlos TAIBO: *La Unión Soviética. El espacio Ruso-Soviético en el siglo XX*, Síntesis, Madrid, 1999, pág. 63.

<sup>11</sup> Carmen GONZÁLEZ ENRÍQUEZ: “Los conflictos de minorías nacionales en los Estados sucesores de la URSS”, en VV.AA.: *Rusia: conflictos y perspectivas*, CESEDEN, Madrid, 2001, pág. 156.

el sur con la anexión de las provincias de Bujara y Jiva y la proclamación de un protectorado ruso en Mongolia Exterior. En 1924, Lenin concretaría sus propuestas en la Constitución de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), en la que se hacía mención expresa al derecho de secesión que ya se había mencionado en el Tratado de la Unión de 1922. En la Constitución de 1924 se distinguían dos tipos de entidades territoriales: por un lado las “Repúblicas de la Unión”, con una relación entre independencia y federalismo, y por otro las “Repúblicas Autónomas” que contaban con gobiernos propios pero subordinados al de Moscú. El desequilibrio existente entre el tamaño, la población y la riqueza de las Repúblicas, propició que Rusia fagocitase todo el poder en la URSS, convirtiéndose en el centro del nuevo Imperio.

Con Stalin ya en el poder, la idea de la formación de una Unión de Repúblicas Soviéticas de Europa y Asia –con la integración de Rusia, Ucrania, Bielorrusia y las tres Repúblicas Caucásicas– cobró más fuerza. Después de la II Guerra Mundial, el mapa de la URSS experimentó nuevos cambios: las Repúblicas Bálticas perdieron su independencia y se incorporaron al territorio soviético; como también lo hicieron Carelia, la Ucrania Subcarpática, Moldavia, la parte meridional de la Isla de Sajalín y el archipiélago de las Kuriles. Fuera de las fronteras de la URSS, pero dentro del ámbito de influencia soviética se incluyeron Alemania Oriental, Polonia, Checoslovaquia, Rumanía, Hungría y Bulgaria, y también se ocuparon –al menos por un periodo breve de tiempo– los territorios del norte de Corea, el norte de Irán, Manchuria y algunos países liberados por las guerrillas locales como Yugoslavia y Albania. Todos los países denominados del Este cayeron en la misma tela de araña, y se proclamaron en todos ellos gobiernos socialistas controlados desde el Kremlin.

Tras la muerte de Stalin en 1953 hubo un cambio de actitud en el Gobierno, que se sensibilizó ante los problemas de las nacionalidades. Jrushchov criticó las deportaciones de pueblos enteros llevadas a cabo por Stalin, y comenzó la rehabilitación y el retorno a sus territorios de chechenos, ingushetios, calmucos, karachis y balkares, entre otros. Por descontado, esta operación no estuvo exenta de problemas, ya que tras la II Guerra Mundial, cuando se produjeron las deportaciones, otras comunidades se habían instalado en esos territorios.

Otros movimientos nacionalistas de importancia en los años cincuenta fueron los que protagonizaron húngaros y polacos. Resulta paradójico que pese a la problemática nacionalista existente, en el XXII Congreso del Partido celebrado en 1961, se anunciara “el avance hacia un nuevo estadio en el desarrollo de las relaciones nacionales de la URSS, en el cual las naciones se irían acercando hasta alcanzar una completa unidad”.

Algo similar se produjo cuando en 1971, durante el XXIV Congreso del PCUS, Brezhnev anunció la aparición de “una nueva comunidad histórica de pueblos: el pueblo soviético”. Durante el periodo comunista, en Rusia se intentó consolidar una suerte de “nacionalismo soviético”, que para algunos no era sino un intento de extender el nacionalismo ruso a todas las Repúblicas de la Unión. Para alcanzar este objetivo se impuso la lengua rusa a todos los habitantes de la URSS, se fomentó la movilidad de la población –lo que propiciaba una mezcla entre las diferentes nacionalidades que podía llegar a producir su disolución– y se potenciaron la educación y la cultura comunes por un lado, y el marxismo-leninismo por otro, como instrumentos llamados a contribuir a la homogeneización de la población. Pero lo que no se consiguió fue la unión real del pueblo soviético, y menos todavía la de éste con los de las demás naciones del Bloque del Este, porque los ciudadanos no perdonaban la intervención del Pacto de Varsovia en países como Hungría o Checoslovaquia. Asimismo, la población rusa estaba perdiendo

el pulso del crecimiento demográfico con respecto a otras nacionalidades, como las de las repúblicas mayoritariamente islámicas, en las que se registraba un crecimiento hasta cinco veces superior.

En 1975, el Acta Final de la Conferencia de Helsinki concedió derechos iguales a todos los pueblos y reconoció su derecho de autodeterminación. La respuesta rusa fue la nueva Constitución de 1977, en la que se ampliaban las atribuciones del centro moscovita en detrimento de las del resto de las Repúblicas. Pero aunque en ella se reconocía explícitamente el derecho de secesión de las Repúblicas, lo cierto es que ello apenas pasaba de ser una concesión retórica, toda vez que su eventual ejercicio quedaba fuera de toda consideración por el hecho de que en el país hubiera un único Partido Comunista y éste operase según patrones en extremo centralistas. El estallido del conflicto en Afganistán endureció la política brezheviana en relación con la posibilidad de emigrar que se había abierto en la década de los sesenta para alemanes y judíos.

En suma, podemos concluir que durante los años de comunismo la consideración de la URSS como un Estado Federal fue más teórica que real, ya que se dirigió el país desde un fuerte centralismo, funcionaba como un Estado-Nación, sin respetar el federalismo o la autonomía de las Repúblicas que convivían en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

## V. LA DESINTEGRACIÓN DEL ESTADO SOVIÉTICO

Además de los muchos problemas que se le plantearon a la Unión Soviética durante su transición económica, social y política, una nueva variable complicó aun más el escenario: el nacionalismo. Según Claus Offe en la URSS tuvieron lugar tres transiciones a la vez: la económica o de establecimiento institucional del sistema capitalista; la institucional, o de instauración de los nuevos regímenes políticos democráticos; y la territorial, o de redefinición de las fronteras de los Estados en el contexto de la emergencia de los nacionalismos.

La URSS era una Unión de Repúblicas en la que no existía una homogeneidad en el Estado Nación. En ella convivían 130 pueblos que hablaban diversas lenguas y practicaban distintas religiones, de los que 23 eran nacionalidades con más de un millón de miembros<sup>12</sup>. Pero la constitución de la Comunidad de Estados Independientes (CEI) y la obtención por cada una de las antiguas Repúblicas Soviéticas de su independencia tampoco solucionó el problema de las nacionalidades, ya que esas Repúblicas no eran Estados-Naciones, sino entidades a su vez plurinacionales.

La caída del comunismo, el colapso económico y la pérdida de referencias globales provocaron la potenciación del sentimiento nacional tanto de las periferias como del centro. La pérdida de legitimidad del régimen comunista provocó la caída del sistema de manera muy rápida. Una de las primeras manifestaciones de este proceso fue el comienzo del uso de otras lenguas además de la rusa. Las fricciones entre Repúblicas ricas y pobres terminó en la proclamación de la independencia de muchas y comenzó el problema de las minorías dentro de ellas. Sin embargo, los nacionalismos, en un primer momento, no fueron un fenómeno de masas. En muchas Repúblicas fueron las propias élites comunistas las que se encargaron de encabezar los movimientos nacionalistas para

<sup>12</sup> Datos procedentes del libro de Francisco LETAMENDÍA: *Juego de espejos*, Trotta, Madrid, 1997, pág. 138.



no perder su posición de poder de la que disfrutaban; de ahí que buena parte de las antiguas Repúblicas Soviéticas que consiguieron la independencia no se convirtieran por ello en regímenes democráticos.

Los conflictos nacionalistas que aparecen a partir de 1985 podrían ser clasificados en tres grandes bloques. El primero, agruparía a los que aparecen en los países del Bloque del Este que en aquellos momentos eran formalmente independientes, y que aprovecharían la apertura para abrir y normalizar sus relaciones con el resto de países fuera del ámbito soviético; el segundo, el que se da entre las Repúblicas de la URSS; y el tercer bloque de conflictos sería el que surgió dentro de cada República Soviética, entre las nacionalidades que la formaban.

Con su política de *glásnost* (liberalización de los medios de comunicación) Gorbachov abrió la posibilidad de discutir sobre materias dispares. La *glásnost* fue el altavoz de las tensiones nacionales que existían en el Cáucaso, en el Báltico y en Asia Central. Tras un periodo de freno a las reivindicaciones nacionales, en 1991 se comenzó a negociar en beneficio de las Repúblicas un nuevo Tratado de la Unión en el que se contemplaba la transferencia de competencias del centro a la periferia. En esencia, las tres Repúblicas Bálticas, junto con Georgia y Moldavia se inclinaban por una independencia real; las Repúblicas de Azerbaiyán, Bielorrusia, Kirguizistán, Tayikistán, Turkmenistán y Uzbekistán se inclinaban por la independencia, pero dentro de la Unión; a Ucrania y Armenia les gustaba esta última opción, pero no se posicionaban sin antes realizar un referéndum de autodeterminación entre su población; mientras que Rusia y Kazajistán no estaban de acuerdo con las declaraciones de independencia. El proyecto de Tratado de la Unión fue no obstante el detonante para que los sectores más conservadores del Partido Comunista protagonizaran el fallido golpe de Estado de 1991, a su vez principio del fin de la URSS. Gorbachov insistía en la creación de un Estado federal con unas instituciones unitarias, mientras que desde la República Rusa, con un Yeltsin fortalecido como el salvador frente al golpe militar, se apostaba por una confederación sin poder central<sup>13</sup>.

Tras el fallido golpe de Estado de agosto de 1991 contra Gorbachov, las tres Repúblicas Bálticas se proclamaron independientes y fueron reconocidas a nivel internacional. El rechazo de las autoridades ucranianas a firmar el Tratado fue el detonante para que Rusia también se negase, y propusiera a las demás Repúblicas eslavas (Bielorrusia y Ucrania) la firma del acuerdo de creación de la Comunidad de Estados Independientes (CEI), al que se unieron el resto de las Repúblicas, excepto las Bálticas; y en la que posteriormente también se integraría Georgia.

Este hecho provocó el 25 de diciembre de 1992 la dimisión del Presidente Gorbachov, último acto en el ya vertiginoso proceso de disolución de la URSS. La rápida descomposición del Estado soviético pilló desprevenidas a muchas Repúblicas que, aunque pedían su independencia, no estaban preparadas para ella. Esta es la causa por la que Rusia sigue controlando en buena medida el antiguo espacio soviético, sigue estando presente en la toma de decisiones y tiene capacidad de presionar a muchas Repúblicas independientes que siguen dependiendo de ella en materia energética y económica.

---

<sup>13</sup> Sobre los acontecimientos vividos en Rusia en los meses inmediatamente anteriores a la desaparición de la URSS véase Robert SERVICE: *Historia de Rusia en el siglo XX*, Memoria Crítica, 2000.

Pero, a la vez, también dentro de la Federación Rusa surgieron conflictos nacionalistas; y ello en dos sentidos: por un lado, grupos humanos que querían integrarse en ella pero que pertenecían a otros Estados, como la República del Transdniester o Crimea; y por otro, grupos humanos que con una base lingüística o religiosa común, asumieron una movilización étnica para conseguir la independencia de Rusia, como puede ser el caso de las Repúblicas del Cáucaso norte <sup>14</sup>.

La posición de Yeltsin en cuanto a la cuestión nacional sufrió un profundo cambio a partir de la desintegración de la URSS. Hasta ese momento, Yeltsin había dado alas a la ideología nacionalista para oponerse y desgastar la figura de Gorbachov y lo que representaba. A este respecto podrían traerse a colación declaraciones suyas como las hechas en 1990 en Kazán, capital de la República Autónoma de los Tártaros: “Tomad tanta independencia como podáis [...] si queréis la plena independencia de Rusia o de la Unión Soviética, vuestra decisión será definitiva”; o las hechas en Bashkiria: “Decimos al pueblo bashkir, tomad la cantidad de poder que seáis capaces de ingerir”<sup>15</sup>.

Pero si al principio Yeltsin defendió el autogobierno de las repúblicas y de las regiones, poco a poco fue cambiando su postura para abogar por una mayor centralización. Con el fin de preservar la integridad de la Federación Rusa, en 1992 Yeltsin propuso un nuevo Tratado Federal. Pero en su estructura había principios que se enfrentaban entre sí: por una parte, se fijaban diferencias entre las distintas entidades administrativas; pero, por otra, los límites administrativos no coincidían con los étnicos. Los 88 sujetos de la Federación se dividía, por una parte, en veinte repúblicas étnicamente diferenciadas, y por otra en provincias y otros territorios (*krai*, *oblast*, *okrug*...). Las Repúblicas de Tatarstán y Chechenia no firmaron el Tratado y se declararon soberanas; pero mientras que aquélla actuó como si de un Estado independiente se tratase, Tatarstán se embarcó en un proceso negociador que terminó con la firma de un Tratado ruso-tártaro en agosto de 1994.

Mientras se negociaba el problema tártaro, Yeltsin elaboró y sometió a referéndum la Constitución Rusa de 1993. Esta Constitución se redactó a la medida del Presidente, reforzando su poder frente al del parlamentario, y en el ámbito territorial no contemplaba ninguna medida descentralizadora; más aún, eliminaba los acuerdos que ya había reconocido en el Tratado Federal de 1992. Este fortalecimiento del nacionalismo centralista ruso fue puesto espacialmente de relieve con ocasión de la victoria en las elecciones de 1993 de V. V. Yirinovski, máximo representante de un nacionalismo de perfiles agresivos que contagió al resto de partidos. Yeltsin se apoyó en este nacionalismo que veía con nostalgia patriótica el Imperio para disfrazar y desplazar el centro de atención de los graves problemas económicos y sociales por los que estaba atravesando el país.

Pero pese al diseño constitucional de un federalismo esencialmente simétrico y a las medidas políticas de intencionalidad centralizadora, lo cierto es que al abrigo de la propia Constitución el ejecutivo ruso empezó a alcanzar acuerdos bilaterales con los distintos sujetos federados. En 1994 se firmó el primer acuerdo de este tipo, con Tatarstán, y a partir de ese momento se empezaron a concluir otros similares con otros

---

<sup>14</sup> Klaus VON BEYME: *Transition to Democracy in Eastern Europe*, St. Martin's Press, Nueva York, 1996, págs. 46 a 47

<sup>15</sup> Citado en John B. DUNLOP: *The Rise of Russia and the Fall of the Soviet Empire*, Princeton University Press, Princeton NJ, 1993.

sujetos federados como Kabardino-Balkaria (1994) y Osetia del Norte (1995) en el Cáucaso, Bashkortostán en el Volga (1994), Yakutia en Siberia (1997), o Buratia, en Mongolia. Este tipo de tratados rompían las estructuras unitarias del Estado y contradecían en muchos casos la propia Constitución rusa de 1993 <sup>16</sup>.

Por su parte Chechenia no inició ningún proceso bilateral de negociación. Hasta 1994, Moscú toleró la independencia *de facto* de la República, ya que pese al decreto de embargo que pesaba sobre ella, éste fue más teórico que real. Pero en diciembre de 1994 tuvo lugar, sin ninguna causa aparente, la primera ocupación por las tropas soviéticas de territorio checheno. Varios pudieron ser los motivos de esta intervención: por un lado, motivos económicos, ya que por esta zona pasan oleoductos y gasoductos procedentes del Mar Caspio y para Rusia constituía un riesgo perder los ingresos que estos servicios proporcionaban, unido a algún presunto problema del gobierno de Dudáyev con las redes mafiosas rusas. Por otro lado, las intervenciones en Chechenia sirvieron de ejemplo para que otras Repúblicas no tomaran el mismo camino para conseguir su independencia.

Sin embargo, y en abierta contraposición a la política de unidad de las diferentes Repúblicas y Regiones de la Federación Rusa, Rusia apoyó la independencia de territorios en otros países vecinos, por ejemplo la de la República del Transdniéster en Moldavia <sup>17</sup>. Y es que el Transdniéster tenía unos 700.000 habitantes, de los cuales 185.000 eran rusos. En 1991, reivindicando los legítimos derechos de la minoría rusa, el territorio se proclamó independiente de Moldavia manteniendo su independencia con el apoyo de las Fuerzas Armadas soviéticas.

Desde el año 2000, en que Putin ocupó la Presidencia de la República Rusa, el poder central se ha reforzado a través de la elaboración de normativas que introducen medidas que aumentan el control central en todos los sujetos federados, sin embargo, al conflicto checheno no se le ha dado una solución definitiva <sup>18</sup>. Pese a que la segunda intervención militar se da por finalizada, los atentados terroristas no han cesado, la población se encuentra mayoritariamente exiliada en las Repúblicas vecinas, y las tropas soviéticas continúan en territorio checheno.

## VI. CONCLUSIONES

Después de haber dado algunas pinceladas sobre la historia rusa en relación con la formación del Estado, la evolución de sus fronteras y de su organización territorial, el debate fundamental entre occidentalistas y eslavófilos, y las causas de su desintegración,

---

<sup>16</sup> Sobre el modelo territorial de la Constitución rusa véase Carlos FLORES JUBERÍAS: "Conflicto, negociación, autarquía y centralización: el desarrollo de las relaciones centro-periferia en la nueva Federación Rusa", en Antonio COLOMER VIADEL y Carlos FLORES JUBERÍAS (eds.): *Rusia, en vísperas de su futuro*, Universitat de València, Valencia, 2002, págs. 125 a 154, en págs. 131 a 148.

<sup>17</sup> Sobre la crisis del Transdniéster, véase José Ángel LÓPEZ JIMÉNEZ: "Transnistria: evolución de un modelo de secesionismo en el seno de la República de Moldova (1995-2000)", en Carlos FLORES JUBERÍAS (Ed.): *Estudios sobre la Europa Oriental*, Universitat de València, Valencia, 2002, págs. 307 a 330.

<sup>18</sup> Sobre el proceso de centralización en curso bajo la Presidencia de Putin véase nuevamente Carlos FLORES JUBERÍAS: "Conflicto, negociación, autarquía y centralización...", cit., págs. 148 a 153.

parece posible llegar a algunas conclusiones en cuanto a las características del Estado-Nación ruso y a las causas del resurgir nacionalista.

### **A) En cuanto al tipo de Estado**

Por lo que hace al desarrollo de Estado ruso desde un punto de vista territorial, podemos afirmar que Rusia nunca ha sido un Estado-Nación, porque a pesar de sus esfuerzos por conseguir la rusificación de sus pueblos durante la época absolutista y posteriormente la soviétización de los mismos durante la época comunista, ésta nunca se llegó a conseguir del todo.

Rusia ha sido y continua siendo un Estado plurinacional, en cuyo seno conviven diferentes nacionalidades, que además se encuentran dispersas por todo el territorio, lo que ha provocado numerosos problemas de identidad. Si observamos el mapa ruso, no nos puede extrañar que dentro de tan inmenso territorio existan diferentes culturas por la influencia del clima, de la geografía, de las costumbres, del tipo de economía, etc. Pero, por otro lado, esa misma inmensidad de su territorio no ha provocado en sus ciudadanos un apego a la tierra: sus habitantes nunca han tenido este sentimiento y ha habido que frenar sus migraciones, como sucedió con los decretos que hubo que dictar para prohibir las migraciones cuando se implantó la servidumbre.

El zarismo utilizó para mantener la unidad del Imperio y para garantizar su propia existencia nexos de unión como pudo ser la religión, e impuso una misma lengua para la plebe y otro para la élite, pero nunca consiguió que triunfase la rusificación. Durante la revolución bolchevique muchos pueblos que pertenecían al Imperio, pero que se encontraban en la periferia, vieron la posibilidad de proclamarse independientes e intentaron hacerlo, aunque a la postre los bolcheviques nunca respetaran esa anhelada independencia. Lenin no aceptaba la posibilidad de que existieran diferentes nacionalidades dentro del Estado soviético que pudieran conseguir su independencia, y Stalin tampoco reconoció sus derechos de secesión en la práctica; es más: además de imponer la lengua y la cultura rusa en toda la URSS, acudió a la idea de patriotismo y reavivó el sentimiento nacional para que el pueblo luchase contra los alemanes durante la II Guerra Mundial.

### **B) En cuanto a las causas de la reactivación del sentimiento nacional**

En los últimos años del régimen soviético las tensiones nacionalistas se reavivaron. En esos momentos el nacionalismo sirvió de justificante para perseguir todo tipo objetivos: por un lado, fue útil para los que intentaban revivir la idea de Imperio y reforzar el papel unificador de la iglesia ortodoxa, con el objetivo de alcanzar la unión de todos los pueblos euroasiáticos; por otro lado, fue utilizado por los comunistas del sector más duro que reclamaban la salvación de la Unión Soviética; y por último, también fue útil para los anticomunistas de las repúblicas no rusas, que perseguían su independencia respecto de la URSS.

Rotos los elementos de cohesión interna impuestos por el antiguo sistema soviético, y como consecuencia del colapso económico en el que se encontraba inmerso el país, se pusieron de manifiesto con toda crudeza los problemas económicos y sociales latentes desde tiempo atrás. Los ciudadanos tenían que manifestarse, querían cambiar el modelo de sociedad, necesitaban mejorar su calidad de vida, pero no tenían entre ellos

ningún elemento que les uniera y que les permitiese sumar fuerzas y voluntades para provocar ese cambio. Fue el nacionalismo la idea que permitió a los ciudadanos unirse y enfrentarse al régimen establecido. Esta ideología les ofrecía una idea con la que todos se sentían identificados: la defensa y prosperidad de su territorio. La ideología nacionalista se convirtió en un discurso fácil para los que querían permanecer en el poder, actuando como movilizador de masas.

La fuerza del nacionalismo en Rusia, a partir de 1989, fue su capacidad para unir a personas de diferentes orígenes y con diferentes objetivos en torno a una idea común. “El nacionalismo” –ha dicho Raimundo Viejo<sup>19</sup>– “parece que puede unificar tanto a filosofías muy diferentes como a multitud de agentes: rebeldes peleando por su liberación nacional, gobiernos estatales promoviendo sus prioridades nacionales, grupos reaccionarios llamando a la limpieza étnica, o populistas reclamando la resurrección del imperio”.

Pero el surgimiento de los sentimientos nacionales no fue sólo fruto del un discurso populista: las ideas nacionalistas se basan por lo general en causas objetivas que tienen su origen en la historia. Por un lado, aparece el sentimiento nacionalista que reclama la unión de todos los pueblos que han permitido la existencia del Imperio Ruso; y por otro, hay nacionalismos que reclaman la independencia del gran Imperio. Y es que, este país se ha visto involucrado en conflictos armados que han provocado la modificación constante de sus fronteras, con anexiones y separaciones que se han realizado sin tener en cuenta la cultura, la lengua, los orígenes o la historia de los pueblos que se unían o se separaban, trazando nuevas fronteras y provocando un sentimiento de rebelión en su población por integrarse en un país con el que no se identificaban.

Sin embargo, cuando se disuelve la URSS y sus Repúblicas alcanzan la independencia, la idea de identidad rusa precisa de ser redefinirla. La pérdida de las Repúblicas de Asia Central o del Cáucaso supuso una gran pérdida territorial, pero no tuvo demasiada importancia en lo relativo a las señas de identidad rusas. En cambio, la separación de Ucrania y Bielorrusia supuso un serio golpe a la propia identidad rusa por tratarse de dos estados ahora independientes, pero culturalmente muy unidos a Rusia.

### **C) En cuanto a la situación actual de la problemática nacionalista**

Los conflictos que se viven actualmente en la Federación Rusa han puesto de relieve la necesidad de acometer la transición territorial de manera ordenada y enfrentándose a los problemas que existen en el país. Esta transición sin rupturas y consensuada fue la que probablemente quiso realizar Gorbachov, pero la rápida desintegración de la URSS lo impidió, provocando a su vez numerosos problemas que hoy siguen sin solventarse y a los que Rusia se tendrá que enfrentar en algún momento. En síntesis, podríamos afirmar:

- 1.– Que Rusia tiene que acometer una descentralización territorial sin la utilización de la fuerza, con consensos, de forma ordenada que evite agravios entre distintos sujetos federados. Y además, debe garantizar el alcance de

---

<sup>19</sup> Raimundo VIEJO VIÑAS: “Democracia e identidad nacional en Europa del Este”, *Papeles del Este* nº 3, pág. 2.

soluciones políticas en un conflicto como el checheno, desechando el uso de la fuerza contra la población por parte del ejército ruso, sin que por ello pierda empuje la lucha antiterrorista.

2.- Que Rusia tiene que iniciar un proceso que armonice y equilibre económica y socialmente a los diferentes sujetos federados que conviven en su seno.

3.- Que Rusia tiene que conseguir la cooperación desde la diferencia entre Repúblicas que poseen diferentes culturas, idiomas, recursos económicos, etc., para evitar fricciones al estar integradas en un único Estado.

Y es que el nacionalismo que en un principio une a los ciudadanos y que es legítimo, puede radicalizarse y convertirse en un grave y complicado problema. El nacionalismo ruso enfrentado al nacionalismo de las Repúblicas y Regiones, se puede convertir, como ha sucedido en el caso de Chechenia, en un conflicto armado.

“Y para el que piense que la causa política de su nación es una causa que vale la pena, cuando eso cuesta muertos y sangre, la nación es vista como una diosa sanguinaria, que exige tributo de sangre, y eso es odioso, siembra odio, no vale la pena, hay que rechazarla, sencillamente no conduce a vivir en paz, ni en libertad, ni mejor”<sup>20</sup>.

---

<sup>20</sup> Fernando BUESA BLANCO: *Nos queda la palabra... II*, Juntas Generales de Alava, Vitoria, 2002, pág. 173.